

Celestiales desatinos: Antología de almanaques literarios del siglo XVIII (1733-1767)

EVA MARÍA FLORES RUIZ (ED.)

Gijón, Ediciones Trea, 2022, 198 pp.

Celestiales desatinos. Antología de almanaques literarios del siglo XVIII (1733-1767) es una selección de textos pertenecientes al que fuera uno de los géneros más cotizados del segundo tercio del setecientos (c. 1730-1770): el almanaque. De carácter misceláneo, formaba parte de la categoría de las incipientes publicaciones populares y “de masas” y originalmente perseguía un fin práctico —mostrar pronósticos, noticias y calendarios—; sin embargo, dicho fin se iría desdibujando —o mejor, hibridando— gracias a la intervención de uno de los más importantes cultivadores del género: Diego de Torres Villarroel. El polígrafo salmantino introdujo cambios tan significativos en el almanaque —más tarde reproducidos hasta la saciedad por sus seguidores— que este devino un género “literario”, sobre todo a raíz del recurso a la narrativización y a la redacción de prólogos “metaliterarios”, pero sin abandonar su naturaleza ensayística. En-

tiéndase el adjetivo “literario” no en el sentido específico de creación artística, sino según su acepción de la época, bastante más amplia (“lo que pertenece a las letras, ciencias o estudios”, Real Academia Española, *Diccionario de autoridades*, 1734).

Eva María Flores Ruiz reúne en esta antología a algunos de los más destacados epígonos del Gran Piscador de Salamanca: Francisco de León y Ortega, Germán Ruiz Callirgos, Gómez Arias, Francisco de la Justicia y Cárdenas, Francisco de Horta Aguilera, Pedro Sanz, Jorge de Cárdenas, Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel y Antonio Romero Martínez Álvero. Escritores todos ellos menores, pero cuyas obras resultan representativas del gusto coetáneo, máxime tratándose de un género tan popular como el almanaque. En palabras de la investigadora, la colección sobrevuela “la aparente homogeneidad de estos humildes textos” para “espigar voces y hallazgos de un interés lite-

rario genuino y de valores propios” (p. 17). Se recogen, asimismo, el prólogo y la introducción de dieciocho almanaques que, comenzando en 1733, época dorada del género, nos llevan hasta 1767, año de su prohibición.

Pero es Francisco de León y Ortega, según Flores Ruiz, el “mejor de los escritores aquí reunidos”, definido por Durán López como el más “acabado imitador” de Torres Villarroel. Mención aparte merece también Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel, polígrafo de fácil pluma y uno de los seguidores más cercanos al maestro del almanaque, además de su sobrino. Igual de interesantes son los prólogos de Gómez Arias, quizás el más curioso de los autores de la antología, pues su producción es tan amplia como heterogénea y está atravesada por una constante *vis* polémica.

Los almanaques son descritos volandera y jocosamente por los propios escritores como “opusculillos”, “tratadillos”, “socaliñas”, “apócrifos rebuznantes” o “celestiales desatinos” —hallazgo léxico este último de León y Ortega que sirve de título a la selección—. Este grupo de “piscadores” era del todo consciente del carácter ficticio e inventivo de la escritura de un almanaque, sobre todo si pretendían seguir el estilo

“torresiano”; de ahí que se hable de una “conciencia libre y descargada de los piscadores” (p. 13) y que la ficción literaria, en sus diferentes niveles y grados —de la alegoría al costumbrismo realista—, encuentre fácil acomodo en tales textos. Las alusiones a la “mentira” son continuas en prácticamente la totalidad de los proemios compilados, un aspecto muy relevante que permite conectar, como decía, la ficción literaria con la invención divinatória. Al fin y al cabo, el almanaque del siglo XVIII es un género muy peculiar, acaso exquisitamente popular, y como tal admite cierta libertad de creación; en este sentido, debe mucho todavía a la poética barroca de lo curioso y lo admirable, pues juega con la superstición y las creencias —o mejor dicho, con la credulidad— del vulgo, como bien prueban los testimonios aquí reunidos. El género empezaría a evolucionar a finales del setecientos, pero sobre todo a partir del ochocientos, cuando se torna en un registro o catálogo de datos más prácticos o técnicos, acorde con el cambio de paradigma ideológico que trajo consigo el nuevo siglo.

La antología de Flores Ruiz se enmarca dentro de un renacer de los estudios sobre este tipo de literatura “periférica” o “menor”. Sin

contar los trabajos sobre Torres Villarroel, hubo que esperar hasta 2015 para leer un estudio de conjunto acerca de los almanaques literarios decimonónicos, gracias, entre otros, a la labor de Fernando Durán López, quien ha coordinado dos monografías muy recientes: *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII* (Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2022) y *Torres Villarroel y los almanaques. Literatura, astrología y sociedad en el siglo XVIII* (Madrid, Visor, 2022).

En suma, la utilidad de una colección como la de Flores Ruiz reside ya no tanto en la calidad literaria de sus textos como en su valor testimonial y sociológico, en tanto que permite una reconstrucción bastante exacta del gusto del lector medio del Siglo de las Luces. Resulta paradójico que los géneros menores, también designados “subliteratura”, raramente sean objeto de estudio por parte de la historiografía literaria, pese a contarse con frecuencia entre los más leídos de su tiempo. De ahí que, a fin de devolver una imagen menos sesgada de un determinado contexto cultural, sea preciso aunar el análisis de la recepción y pervivencia de los “clásicos” con el estudio de la litera-

tura popular, exitosa pero consustancialmente periférica.

Daive Mombelli
Universidad de Alicante